

*La noche de  
Catalina virgen*



LUIS BERENGUER

---

La noche de  
Catalina virgen



1.<sup>a</sup> edición en Algaida Editores: marzo, 2009

© Herederos de Luis Berenguer, 2009

© Algaida Editores, 2009

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-167-1

Depósito legal: M-8704-2009

Impresión: Huertas, I. G.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para la alegría contagiosa, que se sube a la  
cabeza, de Pilar Lladó y Carmen de la Serna.*



NOTA DEL EDITOR: para esta edición se ha considerado oportuno conservar los usos de puntuación y cuestiones de tipografía de la primera edición revisada por el autor.





**L**A MUERTE LO SORPRENDIÓ DE MADRUGADA Y, SÓLO al mediodía, consiguió el insólito privilegio de ser depositado en el lecho conyugal que ni siquiera estrenó en su noche de bodas. Como adrede, eligió para morir la fecha en que enterraban a las víctimas del *Temerario*, el viejo camión de la ladrillera que chocó, cargado hasta los topes, contra el nuevo local de Inmaculada, durante una juerga. Ya el antiguo, en la carretera de Malpintado, jamás se señaló por su cocina o por sus vinos, sino por el dedo de las gentes como Dios manda, desde que, antiguamente, el arzobispo excomulgó los bailes agarrados, las mangas cortas y los malos pensamientos. Sin embargo, la laxitud de las costumbres corrompió el viejo estilo y los prejuicios hasta el punto que la última juerga recibió el *nihil obstat*, con las bendiciones parroquiales, englobada entre los festejos benéficos —tómbola, cucañá, becerrada, fútbol y Juegos Florales— organizados por la Acción Católica para allegar fondos con que rematar las casitas de los pobres.

Desde el jueves por la noche, las calles fueron feria de ataúdes que pasaban en las bacas de los coches, en parihuelas o a la cabeza, como si hubieran sacado a pre-

cio de saldo, por liquidación, las existencias de la funeraria.

Fueron tantas las familias afectadas por el siniestro que nadie se presentó, a primera hora, a dar el pésame a la viuda de un hombre fallecido de muerte natural. La capacidad pesamentera estaba saturada y no quedaba ya misericordia para repartir a domicilio. La gente, endominada por los duelos, celebraba la tragedia de casa en casa, como en el Jueves Santo de sagrario en sagrario, frente a la presión de un malestar populachero, enquistado en el duelo encorbatado, con cara de protesta, discriminatorio, enfrentando actitudes apenadas de izquierdas y derechas. Las víctimas fueron en su mayoría hembras, solteras sin remedio, hijas de familia, puretas y beatas, atraídas al antro de Inmaculada por la curiosidad de lo prohibido —el vino, las mujeres, la guitarra—, que llenaba los ecos de sofocantes ritmos vedados por el sexto mandamiento. El *Temerario*, que acarrea ladrillos para enrejalar la escalerilla de la recién construida Caseta de Transformación, se vino guardabajo por las pendientes cuando Tomás, el de Nicolasa, echó el freno de mano, con el motor en marcha, y se bajó a orinar. Si no hubiera orinado, no hubiera sucedido la hecatombe, ni habría habido tema para ilustrar las páginas de la prensa con escenas macabras de criaturas recogidas con pala, como un engrudo de piltrafas, sangre y polvo de ladrillo. El viejo *Temerario* embistió por la retranca, cuesta abajo, contra el local donde Inmaculada puso su venta de pecados al ser despojada del ventorrillo de la carretera de Malpintado. El enjuague, todavía fresco, daba el fruto tardío de la muerte, un tumor larvado de ignominias y abandonos, de abusos y atropellos, como si la relación y consecuencia entre accidente y malestares, aparentemente compensados en su día, quedaran descompensados de repente. Fa-

llecieron cinco de las innumerables hermanas Nondedeu, la linda Flor, que tanto había pecado contra la modestia, Viví y Carlota, hijas del juez don Santos, Clotilde Vega Zurí (la del pleito de Malpintado), Blasa Cotín y su hermana... aparte de los protagonistas de la juerga, Paca y Teresa; hijas de Inmaculada, Teófilo, el guitarrista, y la Perico, viejísimo bailaor de la piompa que tenía cintura de culebra y bisoñé. La venta nueva había crecido entre las caries de la muralla, en precario, bajo la tolerancia de su pecado original y la vista gorda de lo que más vale no *meneallo*, merced a las subidas de la carne de mujer, aunque la solidez de sus muros fuera flaca como los ahorros de su propietaria. Así, la endeble construcción, mal pudo resistir al *Temerario*. El techo, al derrumbarse, produjo el resto de las víctimas y el múltiple milagro de los supervivientes: al último que desescombraron de allí fue a don Carpóforo, el notario, sin un solo rasguño pero con una borrachera tan desproporcionada que, todavía, el sábado, a la hora del entierro, seguía sin creer en la Resurrección de la Carne. La política aconsejó pagar el entierro colectivo y ahorrar gastos de transporte con hombros voluntarios, en una dramática demostración de solidaridad y democracia; cerraron el comercio y las escuelas, se abrieron humaredas de suspiros, y no alentó otra vida entre las calles que un croajar de grajos acuchillando el cielo gris.

En medio del vacío, Inmaculada, de punta en negro —pena de gasa bien cumplida de los pies a la cabeza; medias negras, zapatillas de monja— apareció frente al portal de la viuda en una tregua de su llanto. Quería pregonarlo, dijo, aunque fuera lo último que hiciera en este mundo, ahora que nadie iba a ganarlo para ella, sin hijas, sin negocios, sin muebles y sin techo. Las penas bien podían aguardar, que no vino a enseñarlas y eso que las tenía

colgadas del perchero: los siete nietecitos que dejaba Francisca con sus siete bocas —pío, pío—; las siete criaturas que le hizo el difunto Modesto con los cuernos. Allí sólo contaba Teresita, la niña de sus ojos, diecisiete abriles, tan linda y tan decente, que subían a enterrarla embarazada.

—La barriga se la hizo tu marido.

Habló frente al vacío palaciego de la casa en penumbra donde ya no había mayordomo, ni jardinero, ni chófer, ni servicio, y tan sólo la tata Nicolasa como una sombra, pilonga y repescada tras la última ruina.

—¡No dé voces, señora, que hay un difunto en casa! ¡Se me había olvidado que estaba aquí la madre del criminal para que todo se juntara!

—¡Señora, que mi Tomás de nada tuvo culpa! Un hombre tiene que mear y, si pasó lo que pasó, fue que estaba de Dios: todos tenemos nuestros días contados.

Catalina, sorprendida en bajeras por las voces, asomó su curiosidad detrás de las cortinas, el dedo sobre los labios recomendando silencio a Nicolasa, hasta que, atrapada en el señuelo de la de Chano, avanzó al recibidor, más que femenina, amariconadísima de encajes vaporosos y brillos transparentes, en el instante que el furgón de la funeraria se recortaba en el vano de la puerta para reflejar su desnudo pornográfico.

—¡Niña, que se te ve el pájaro! ¿No ves que andas desnuda?

El aviso rompió las hipocresías circunspectas, con el desenfado del chorro que desafina imprudente en su orinal, mientras los del furgón sacaban un ataúd caoba, con ventanilla de cristal por donde el muerto asomaría su muerte, y Catalina hurtaba panoramas al dulzón cortejo de sonrisas.

El eco de los grajos, brillante sobre el patio encristalado, pareció recordar su dignidad a Inmaculada, divertida

un instante con la travesura de la situación: recompuso sus lutos, endureció el empaque y, antes de abandonar la puerta, casi deletreó sus bilis: «Tenía que decírtelo, antes de que me vengan a cortar la lengua».

Los aspavientos de Nicolasa y sus aclaraciones a los recién llegados, se ilustraron de comentarios populares y superfluos, mientras la caja entraba entre el lujoso mobiliario prestigiado por el silencio. Cuando Catalina regresó, celeste y oro, todavía caliente la transparencia de sus formas bajo la bata dócil, un bochorno festivo la obligó a estudiar, frente al espejo de la consola, el gesto de haber envejecido, de cuatro a cuatro y cinco, medio siglo por lo menos: no era expresión de viuda sin consuelo ni de disculpas por no estar de luto, forzada por la improvisación momentánea, ni tenía la calidad enlutada de hacer olvidar sus faldas entreabiertas, su descuidado escote y su indiferencia olímpica frente al brillo relinchón de las miradas. Ante la torpeza de Nicolasa, sacó una sábana de la gaveta y la interpuso, torera, entre su cuerpo y las miradas glotonas de los funerarios, antes de extenderla como sudario sobre el pijama, verde y canela, del difunto.

—¿De dónde habrá salido ese pijama tan horrible?

—De sobra sabes que se lo pusieron anoche en casa de Consuelo.

Catalina se encogió de hombros y era tarde para enmendar las alertas, las complicidades indecentes, los codazos expresivos como secretos de alcoba adivinados entre toses y guiños regocijados. Terminaron de acomodar al difunto en su caja, prestigiado repentinamente por el equívoco de pernoctar en lecho ajeno, los párpados cerrados para ocultar que las tijeras de Catalina lo dejaron tuerto. El quitapón pirata había marcado su huella sobre la piel del rostro, una huella desteñida que podía confundirse con la razón de una boda desigual: la cox de

potra, pura sangre, contra la última y primera familiaridad del difunto, cuando no era difunto, ni había echado pretensiones de galán con la hija de la señora que podaba sus rosas. Allí estaba Miguel Sánchez, ya cuerpo presente, más presente que en vida y más cuerpo también, grave en su palidez, mientras las voces funerarias acompañaban el sentimiento a su viuda, con tan mal oído, como si mendigarán la propina.

—Niña, los hombres se van...

Se iban taconeando las baldosas, las gorrillas en las manos, Nicolasa arañando la pobreza de sus bolsillos, contrariada, entre los rumores del viento y los del escape del furgón que maniobraba sobre los caballones de la calzada en obras.

—Se fueron sin propina. También tú tienes ganas de que te pongan de roñosa, ¿o es que la cosa está tan mala que no tienes ni unas monedas?

La viuda no contestó. Asomaba al espejo de la consola el agravio de haberlo sufrido ya todo en este mundo, a pesar de ser ella, perdido ya el consuelo de poder llorar a su padre, el guapo coronel, para que saliera de la tumba a acariciar su entereza y desandar el tiempo a los días contados que pasaba con ella y con mamá Catalina Elena, entre halagos mundanos de algo inimitable, encantador, donde la aristocrática falta de entusiasmo, siempre exquisita y digna, de la excelentísima señora, hacía olvidar la sombra omnipresente del lecho conyugal abandonado.

—Nada vas a ganar con las calladeras, niña. La fulana esa se encargará de pregonar lo que tú callas, ¡menuda es!: alcahueta de sus niñas desde antes que les apunten los pechos. Lo que debías hacer es llamar al juez don Santos y decirle lo que ha pasado aquí. Que le metan el susto en el cuerpo para que no charle lo que no debe.

Don Miguel con los piojos de las tunantas ¡no te lo pierdas! Fíjate tú, decir eso de él, con lo delicado que era para todo, que se cambiaba dos veces de camisa cada día.

—Más vale que, en lugar de charlar, limpies la plata.

—Si no quieres charlar, me callo ya, pero no sé dónde están los avíos de limpieza ni nada. En esta casa, teníais tanta gente inútil, que una no sabe ya ni dónde pondrían la sal. En vida de tu madre, las cosas eran muy diferentes y, todo lo que mandaba, sabía hacerlo ella mejor que nadie...

Nicolasa bisbiseó rencores contra el presente y contra Catalina, tan mimada que sólo aprendió a dormir y a viajar, para cantar la vida ausente del difunto coronel, Luis Felipe de Mendoza y de Mendoza, de Mendoza y Villena de Mendoza, en las veladas del amor paterno que se hizo desear, una o dos veces al año, antes si esperaba peligro de pleito matrimonial, o hastío del perdón siempre vigente y necesario para pagar deudas de juego, o la insolente juventud de la última querida, o la ausencia contumaz y viajera sólo justificada con los negocios fabulosos y siempre desgraciados, a última hora, por la necesidad de hipotecar algunos bienes parafernales de la paciente esposa. Sobre el paisaje oscuro del marido recién muerto, el coronel brillante volvía por sus fueros, con la inimitable gracia de los elegidos que hacen del bienestar naturaleza y agua de pozo del oro acumulado por la historia, el trabajo, la suerte, y la eficacia; algo profundamente dócil, manantial, como la fruta, el sol y la salud. «*Estás más linda cada día Catalina Elena*». La Mendoza de Mendoza, esquiva, ahuecaba el coqueteo y la melena, satisfecha como si estuviera bien pagada con siete palabras divinamente bien educadas nada más, y Catalina niña, en el celuloide rancio, sentada en las rodillas del coronel, «*a mi queridísima Katy, su papá que la adora*», las botas altas de jinete,

tan guapo, tan pendón, un poco descontento de sí mismo y, por otra parte, tan satisfecho, tan gallardo para la vida épica y la hípica, para ganarse el cielo de puro generoso, de su tiempo, su cuerpo, su corazón y, por supuesto, del capital agresivo heredado por su esposa, un despilfarro perpetuo.

Nicolasa ayudó a Catalina a buscar los avíos de limpieza.

—¿Estás loca, criatura? ¿Cómo van a estar los trapos sucios en el aparador? Andarán por la cocina o por allá.

La falta de costumbre y la falta de instinto de localizar las cosas, se hacía humor en la viuda frente a desesperación aburrida de la vieja.

—No sabes ni dónde está el dinero, ¿no te digo? Si de ti dependiera, se te caerían los pechos en la calle, y te morirías de hambre por no saber freír un huevo.

La vieja se retiró rezando y regresó con los avíos de limpieza, quejosa de que sólo los nubarrones se habían llegado, allí a la casa, a acompañar el sentimiento.

—Si viviera tu padre, esto parecería a estas horas la verbena.

—No han tenido tiempo de enterarse.

—¡Pues sí que tardan mucho en ventear desgracias! Yo he avisado en la parroquia y, además, aquí está el personal a la puerta dos horas antes de que se muera el muerto. Ya viste lo que tardó la bruja de la Venta en presentarse, y eso que le sobaban motivos para quedarse en casita a llorar.

—¿Vas a empezar otra vez?

—Las cosas hay que hablarlas, digo yo: no hay que ser tan orgullosa.

Estirada, como mamá Catalina Elena «tú lo mismo que tu madre: muda cuando tienes que gritar». Austera, disciplinada, en la frialdad del mejor tono: virtudes todas



más para ganar el cielo que la tierra «así os luce el pelo». Sin entusiasmo, sin coraje, queriendo a todo el mundo para no querer a nadie, despepitadas por la novedad, por las rarezas, con la salud averiada y agresiva de las hipertensas crónicas que disimulan con boticas las ganas de morir si la vida consiste en lo diario. «Sin embargo, a tu padre daba gloria de verlo hasta enfadado, acuérdate; porque él estaba siempre en lo que estaba», tan lleno de alegría y de pasión, tan liberal, con el talento de hacerse admitir tal como era: incorregible. «Había que verlo cuando te cogía en brazos, que te comía a besos», algún día de santo, de cumpleaños, el día de la primera comunión, donde se condensaba, en un instante, todo el amor cotidiano que le debía.

—Tú sales a tu madre con tanta calladera y tanto orgullo.

Señalaba la vieja el retrato en penumbra de Catalina Elena, su aire espiritual, su elegancia plasmada en la carne de una nube, rodeada de hielo por todas partes para preservarse incontaminada con sus rezos, con su casta, en la perfección formal, y en el brillo vigilante de los ojos, todavía atentos al sonido del taconeo galán del coronel, a su ruidosa forma de orinar, a la picardía de sus guiños entre queridas eventuales y escándalos de tono encantador. Sobre el aire de la madre y de la hija, latía la sospecha de cumplirse puntualmente una tradición familiar de matrimonios iluminados por el buen tono de la desavenencia, una oración con agudezas de salón frívolo: «*Desengáñate, Catalina, unos pequeños cuernos, bien llevados, siempre fueron un detalle de buen gusto*», experiencias humoradas, siempre en el justo punto en que el cinismo empieza a ser conformidad. El eco de una tal Teresa, embarazada por el demonio, desvirtuaba el pacto matrimonial de una Mendoza pura con un ojo tuerto, o

el capricho demencial de haberse casado casi por rencor como la gente de tropa se casa enamorada.

—Más vale que te arregles, por si viene alguien. Con esa bata de colorines, pareces cualquier cosa menos viuda.

La reticencia sonaba hueca en el silencio mientras el brillo de la plata renacía metálico y amoniacal.

—No tengo qué ponerme.

—¡Las cosas que hay que oír! Tienes el armario que parece una tienda y ropa de todos los colores, negra también.

—Si te parece, me voy a vestir de fiesta, con la espalda al aire.

—Te echas una rebeca por los hombros. ¡Ah!, y no se te ocurra pintarte, que no pega.

Vagó por el pasillo, atareada en nada, frente a la alcoba mortuoria, tan guapa como si salieran gentes por todas las puertas para verla pasear enamorando al mundo, después de soportar un matrimonio desgraciado y una virginidad en nombre del orgullo, en pago de un ojo que ella misma vació por accidente, tal vez porque era mejor una boda desaconsejada que ninguna, pasada ya la ocasión de morirse de amor por los galanes de cine, los toreros guapos, o los hombres peligrosos, consumida la esperanza esnob de los imprevisibles cambios de postura, cuando la juventud se degradaba como la fortuna de su madre en manos del coronel.

Nicolasa daba cuerda al mecanismo de los recuerdos para repescar sus servicios olvidados y asociar a Catalina con la urgencia de su hijo Tomás, preso por culpa del *Temerario*, de forma que aceptara las responsabilidades subsidiarias de haber chupado ambos de la misma teta cuando eran chiquitos.

—Debías llamar al juez don Santos, Catalina.

Miguel Sánchez, si estuviera vivo, habría pulsado la tecla infalible de las amistades poderosas, de las recomendaciones taumatórgicas.

—Si no se hubiera muerto, tú lo sabes, con un telefonazo, estaba mi Tomás paseando por la calle.

La muerte inoportuna, el eco de Inmaculada, los miedos de Teresa, ponían desconfianza en el futuro y temores de madre sobre la tarde triste.

—Pero dime, niña, ¿es que no tienes dinero o que no sabes dónde está?

Habían licenciado el personal del servicio, no había jardinero, ni chófer, ni mayordomo, ni doncella, ni cocinera. Nicolasa había regresado al cabo de los años, para hacer compañía a Catalina en teoría pero, en realidad, a fregar suelos y ropas, a hacer la comida y los mandados, vieja, torpe, avergonzada de acudir a las tiendas sin dinero.

—Puedes vender alguna cosa, digo yo, y no digas que me meto en lo que no me importa. ¿Tan grave está la cosa?

Preguntas que no aguardan respuesta, casi quejas inconexas, sin argumento ni hilación para hacerse compañía y reproche, bajo el signo de la muerte, de la pena sin expresión, del consuelo.

—A estas horas, Francisca habrá pasado lo peor.

—¿De qué hablas, Nicolasa?

—De la hermana de Teresa, la mayor.

Catalina seguía ausente, sin que el aleteo de su nariz concediera honores a la curiosidad o al tema que la vieja ilustraba: san Gabriel con su libreta, donde llevaba apuntados los pecados de los vivos para leerse los, cuando llegaban muertos, a las puertas del infierno. Las ánimas benditas, con las manos de bocina sobre las orejas, escuchando.

—Eso es lo más malo de morir: tener que aguantar ese bochorno delante del marido, las amigas. ¡Figúrate!...

El malestar de las postrimerías adivinado en el bazo. El muerto en su cama y, al mismo tiempo, la lista de sus pecados, las culpas de los vivos en descargo de las de los muertos, hablaría de aventuras inefables de Catalina autoviolada después de la película de Clark Gable, con leones y elefantes, escalofríos de hombres guapos, luchas entre la timidez y el impudor.

—¿Con qué cara habrá mirado esa Paca a su marido? Ni la muerte que tuvo el pobre, por culpa de ella, la hizo enmendarse.

—¿Puede saberse de qué hablas?

—No te hagas la tonta. De sobra sabes tú de lo que hablo.

—¿Lo sé?

—Cuando Modesto se levantó la tapa de los sesos, tú estabas en la Fonda, ¿o no te acuerdas que hasta tuviste que ir a declarar? La vieja metió allí al inglés de la Quinta y el marido se enteró.

—Hablas de lo que no sabes, Nicolasa: no digas más tonterías.

—¿Tonterías? Lo sabe todo el mundo y tú también, no digas que no.

—El señor de la Quinta no pisó aquella casa.

—¡Anda que no! ¡Menudo era! Se largó con su cuñada y se hubiera largado con la primera que se hubiera topado con él.

—No puso los pies allí jamás.

—¿Por qué lo sabes tú?

—Porque lo sé.

—Yo no estaría tan segura: se volvía loco con las primeras faldas que se encontraba, acuérdate. ¿No se llevó a su casa a la Francisca y la puso en pelota? ¿Para pintarla? ¡Vaya inventos! Para encalarla sería, que cuanto más puercas, más le gustaban las criaturas, que no fue uno ni

dos los que comieron de los cuernos. Ahora nos olvidamos porque, muerto el gallo, mocitas las gallinas.

David Graham, el inglés, antes de ser inquilino de la Quinta, fue una idea sin imagen, más allá del bien y del mal, que se trajo Catalina del colegio con la anemia, los modales y la falta de conversación, cuando regresó de Inglaterra, adolescente, donde había permanecido, desde que perdió las pecas hasta que se vistió de mujer, bajo la tutela de miss Susan Cox, hermana de Marta, segunda mujer de Graham, ingeniero electrónico destinado en el Departamento de Defensa. David era el eterno viajero, hombre sin tiempo, vecino de los aviones y de los cinco continentes, maduro ya, aficionado a los caballos, a los perros, a pescar con caña y a pintar desnudos. Catalina jamás contó a su madre que, en su propia alcoba, había tres desnudos de Susan pintados por su cuñado David, del mismo modo que jamás confió a Susan el género de vida de sus padres, separados en cuerpo y alma bajo las buenas formas, tal vez por el prurito hipócrita de reprochar algo al predicar buenos ejemplos. En una de las giras veraniegas que Susan y Catalina hicieron por España, Marta y David aparecieron para gozar del sol y se alojaron en la Quinta, con la mala suerte que, inesperadamente, la excelentísima señora Catalina Elena sorprendió al coronel, practicando el inglés, en la cama de miss Susan. Sin un mal modo, la inglesita se disculpó por carta después de desaparecer con su cuñado hasta más ver. Marta Graham permaneció en la Quinta al aguardo del retorno marital, acompañada de un tocadiscos de alta fidelidad que atronaba las noches con Tchaikovski, pero mientras volvía o no volvía el rey David, pareció consolarse, o necesitar la asistencia facultativa del doctor Blanco, don Herculano, profesor del mal ejemplo, tocador de guitarra en todos los escándalos, que alborotó el cotarro de la

maledicencia hasta que intervino la autoridad, la brigada de estupefacientes y el Colegio Médico, para no probar nada al margen de la ley o de la ética profesional, y dejar, otra vez más, las honras maltratadas.

Marta Graham se quedó en la Quinta por prescripción facultativa, intoxicada por el ambiente y la tristeza, sus músicas, sus nostalgias, su soledad y las visitas del doctor, hasta que un buen día, se comió seis tubos de opitalidón y se salvó en un pelo a fuerza de vomitivos que devolvieron al hogar eventual al marido pródigo.

La Quinta era la romántica torre medieval, que cerraba al norte el hermoso jardín cedido al municipio por el abuelo de Catalina a raíz del terremoto, convertida en guardamuebles y museo de trofeos de caza, cuadros destartalados, armaduras, coches de caballos y baúles. David, con su caballete y sus pinturas, surgió como una sombra noctámbula, sin hacer más ruido que una monja, a desaparecer al galope por la playa sobre un caballo del coronel, aunque un rumor de gitanillas desnudas conmoviera la parroquia y los pinceles, inquietando los espíritus.

—Con atravesar la calle, se revolvía el gallinero, acuérdate. Tú misma lo decías, niña, que era muy guapo. No digas que no. A mis sobrinas se les aflojaban los calzones cuando subían a la azotea para verlo en la jaca. No sé qué le veríais. Las cosas como son: más joven y más guapo era tu marido cuando tenía sus dos ojos ¿vas a decir que no?

Catalina nada decía, dejada caer en el alféizar del cerró, el frío de los cristales apretado contra su frente, mientras una impaciencia bienaventurada repetía el aburrimiento en naftalina de contar los minutos. Un cielo gris velaba la polvareda del vendaval, los rumores del entierro colectivo condensado en la plaza de la iglesia, el naufragio de una casta que aún se asía a las tablas de salvación del arte, de la historia, del bienestar cantado por

los muebles, las porcelanas, el tono señorial, la servidumbre recién licenciada por falta de combustible, los caballos en la cuadra ya vendidos.

—El día del Corpus hará tres años que murió.

—Cuatro.

—¿Cuatro? —la vieja contaba con los dedos.

—Cuatro.

—Parece que fue ayer. Todo se olvida.

La calle desapacible tenía una zanja profunda entre dos caballones de tierras removidas, tubos de cemento y olores sulfhídricos. De tarde en tarde pasaba una mujer, algún chiquillo sofocado en su bufanda. Llevaba muchos años sin ver aquella calle que cruzaba a diario para acudir a misa con la costumbre mecánica heredada de servir de ejemplo, de estrenar en el paseo domingero la elegancia de unas medias de cristal de contrabando, con ironía, sin haber sentido los límites hasta ayer por la tarde, y seguir sin sentirlos después de la ruina, como un crédito irracional de que las aguas volverían a su cauce, inevitablemente. El panorama desolado de la calle, era un examen de conciencia lleno de nostalgias parecidas a los carros de verdura, a los burros y cabras, al calor animal de un mundo diferente con hambre y con pobreza, hombres y animales en simbiosis, como paisaje de contraste con el brillo de los Mendoza, que escalafonaban los deseos del corazón y el puesto de las cosas en otro orden que las antenas de televisión y la almáciga al duco de los coches aparcados en las aceras. El juego de valores, hecho naturaleza, seguía vivo bajo la frustración, la ruina, la soberbia y la humildad, como un sueño de satisfacciones interiores de haber ganado siempre, de poder perder siempre y seguir perdiendo, como la juventud, para sentir la vida. El cacho de cielo, enmarcado por el patio de cristales, pasó del gris bureño al mo-

rado penitente, ya sin brillo, prematuramente nocturno y cargado de tristeza.

—Hay que encender las luces, Nicolasa: esto parece un funeral.

—¿Es otra cosa?

—Estamos a oscuras.

La vieja pulsó el interruptor y suspiró.

—No hay luz o las bombillas están fundidas.

—No están fundidas, están flojas.

—¿Flojas? ¡Pues anda! ¿Quién va a apretarlas ahora?

Aflojar las bombillas era poner límites al señor de la casa, cerrar las puertas a su vanidad, sus amistades, sin nombrarlo siquiera.

—Pues apagadas se van a quedar que, lo que es yo, no tengo edad para títeres.

—Traemos la escalera y yo misma las aprieto.

—¿Tú? ¡Me gustaría verlo!

En aquel instante cantó la lluvia en las hojas pecioladas de las aspidistras.

—¡Lo que faltaba, niña, está lloviendo! ¡Buenos se van a poner los suelos si viene personal! Sabía yo que este viento sacaría agua.

Cuando se asomaron al patio, lloraban los canalones del tejadillo sobre las macetas.

—Catalina, ¿por qué no llamas a don Santos y le dices que haga algo por Tomás?... A ti no va a decirte que no, con tu marido de cuerpo presente.

—Estará en el entierro de sus hijas.

—Yo no digo ahora mismo: tampoco es cosa de ponerle una escopeta en las espaldas. Pero si tú quieres, ya encontrarás el modo de arreglarlo: vendrá aquí, ya verás.

Salieron por la cocina en dirección a las cocheras y regresaron marineando, torpemente, una escalera de lanza, entre jardineras, ánforas y trofeos de caza apulgarados,



amenazando a las cortinas y cristales, hasta que la descansaron en el recibidor. La viuda se secaba la cara con las faldas.

—¡Sólo a ti se te podía ocurrir salir al corral con esta lluvia! Mira cómo te has puesto y, total ¿de qué va a servirnos la escalera?

—Ahora verás para qué sirve.

Los quince peldaños parecieron encogerse bajo la altura de techo de la sala. Nicolasa, agarrada a las gualderas, vio ascender a Catalina con un temblor torpón, asido al amor propio.

—Te vas a matar, niña. Más vale que llamemos a un chiquillo y, por una propina, nos saca de apuros... ¿o es que no tienes ni para propinas?

Catalina arriba y abajo Nicolasa, tierra firme, el laberinto de las paredes recargadas en el centro la lámpara holandesa de dos bulbos con seis brazos, doce velas simuladas y cargadas de calambre como el milagro de verlas amanecer, una a una, en bamboleo de incensario polvoriento.

—Está hecha un asco.

—¿Cómo quieres que esté, si en esta casa llena de criadas no había una señora que mandara?

—Ya está bueno, Nicolasa.

—¿Es mentira? Aquí, el que más y el que menos, hizo su agosto, y se hartó de dormir y de comer, pero de trabajo ¿qué? ¿Dónde se ha visto un mayordomo con su auto y su casa comprada por él? Pues ¿y Flora?, mucho andar con la cofia puesta y se va de aquí para abrir una tienda. ¿De dónde salió todo?... Tú ahí arriba, apretando las bombillas. Luego dices que hablo ¿cómo voy a callarme?

—Dices muchas tonterías, Nicolasa.

—Eso te crees tú. Aguántate que voy a buscar un trapo de polvo.

Regresó la vieja y Catalina soltó la lámpara vacilante como un enorme racimo de uvas. Descendió unos peldaños para tomar el trapo de la vieja, forzada por una postura inverosímil.

—Tienes muslos de moza, Catalina. Nadie diría que los tienes tan gordos con lo flaca que estás.

—También tú, ¡no mires!

La viuda apantalonó entre las piernas un gesto de recato.

—Darás el crismazo con tanta tontería. Por la calle vais enseñando el supositorio y ahora resulta que hay que vendarse los ojos, como el caballo de los toros, para estar debajo de tus pies.

Se acordaba Nicolasa, mira, cuando ella era moza y los hombres se sentaban en la escalerilla del mercado a verles los tobillos a las muchachas.

—Ahora lo enseñáis todo y nadie os mira. ¡Lo que me importarán a mí tus piernas!

—Me importan a mí.

Se apretaba entre los muslos la conciencia, defendida en el gesto contra la expresión transparente de Nicolasa que aireaba la leyenda borrosa de una Catalina jovencita, a balcón abierto en su alcoba iluminada, ofrendando su desnudo a la noche, al matrimonio amargo de la Quinta, o al silencio del jardín donde Braulio cosechó razones para ir a la cárcel. El viejo estupor, tan conocido, de mamá Catalina Elena volvía a la expresión de Nicolasa, ahora zumbón, popular y sin respeto, al cabo de los milagros sin pudor, más antiguos que los remilgos, como si ella pudiera desconocer la forma en que Catalina se sentaba delante de los hombres, los gritos de sus escotes, el descoco de su cuerpo infantil y perverso que mereció los honores de una violación frustrada, de la violencia y los miedos maternos que la hicieron viajar al fanal de la dis-

tancia para quitarla de peligros, amistades y complicaciones emocionales.

—¿Te acuerdas de Fulgencio, cuando todavía era un pobretón?

Era la broma personificada del tiempo en que Catalina enamoraba al mundo, el borrador de un cuento lleno de carcajadas y melancolía, repetido como un anecdotario condensado del ambiente en un solo personaje: «*Fulgencio fue a Recortes a que le hiciera un traje nuevo*».

—¿A qué viene eso ahora?

—Me acordé por lo de tus piernas: le preocupaban mucho, pero ¡quién va a acordarse de eso ahora, con la que le ha caído al pobre!

El caballo pisó la acequia, Catalina se partió el fémur y nació la carta analfabeta, expresiva, que ni quizá escribió Fulgencio, tan grosera como verosímil, para llenarse de añadidos como un cuento que todos conocían aunque nadie escribió.

*Un traje. Elegante de verdad, de lo más caro, ¿te enteras, Recortes? Y Recortes, antes de arriar la cinta métrica que llevaba en bandolera, pintó con el jaboncillo de sastre, sobre el espejo, una caricatura de la insensata panza de Fulgencio.*

—*Me vas a desacreditar con ese morcón que llevas ahí.*

—*Cuando eructe se me baja: es el bicarbonato.*

—*Son los calderos de habichuelas que te comes. Cuando dejes de trabajar y hagas gimnasia, parecerás una persona. Acuérdate de mi tía.*

La majestuosa lámpara renacía bajo el paño que Catalina jamás tocó con sus manos, hasta entonces, por culpa de la estirpe que bajó del cielo consagrada a servir de adorno. Su modesto quehacer, encaramada a la escalera, traía algo frívolo, valiente y patético: era la más sensible, generosa, la más cercana a cierta perfección de la humil-

dad lavando los pies, ejemplarmente a la empolvada lámpara holandesa, como una evocación de gloriosas hecatombes.

—Me puedo poner todavía los vestidos de soltera.

—Y revolver el gallinero a pesar de que estás flaca, pero demasiadas carnes tienes para lo que comes. Los hombres, ¡menudos son!, en viendo faldas ya andan relinchando. A mi Tomás, para que veas, le quitó su mujer un almanaque de mujeres desnudas que llevaba en el camión. Le decía: ¿qué tienen ésas que yo no tenga?... y tenía toda la razón.

*Su tía —la de Recortes— se puso a régimen cuando leyó en la peluquería el modo de adelgazar con gimnasia y diurético; se le devolverá el dinero, haga la prueba, dieta sin sal... ¡vaya si adelgazó la tía de Recortes!, un globo setentón que perdió quintal y medio en treinta días, hasta que se le cayó el corsé en la misa de ocho como piel seca de culebra. Si no hubiera abusado, todavía viviría. Fulgencio, a sus cincuenta, lo mejor de su vida, si se iba a ver, sólo andaba disparatado del estómago por culpa de las habichuelas; ¿por qué no probaba a moderarse un par de semanitas? De perfil, frente al espejo, se miraba como inflado de repente.*

—¿Dijiste gimnasia y diurético?

—Gimnasia y diurético.

El tiempo de Fulgencio quedó difuminado por el indecente ataque de Braulio y por la tierra en medio que pusieron los padres de Catalina para cambiarle el escenario enloquecido de la infamia. En aquel primer viaje apareció Miguel Sánchez, con el visto bueno familiar, «no es que sea un caballero pero con él, pase lo que pase, no hay cuidado», con los amplios poderes de un tutor con hechuras de marqués, flexible, hasta juncal, equívoco y distante como la recomendación ambigua de mamá Catalina Elena. Una almáciga de marquitos de plata con-

servaba el reportaje gráfico del viaje, sin que una sola fotografía reprodujera la imagen del escudero al lado de Catalina: Estocolmo, plaza de la Ópera, la estatua ecuestre de Gustavo Adolfo, Catalina color lila y zapatos blancos enmarcada entre los medallones del pedestal; la Kunnggatan, apoyada en el barandal del puente de *hierro* en primer plano, al fondo una perspectiva de luminosos: una brocha goteando pintura, «Duri Flat», «Gevalia», «Maniol», «Do-Do», cúpulas, chimeneas y aviones amueblando el cielo.

*Toda la vida en camiseta, quizás la misma camiseta, y para una vez que se llegaba al sastre, ni tomarse medidas. Fulgencio que pagaba al contado desde que el coronel le cedió un camión cuando nadie tenía probabilidad ni combustible para mantenerlo, y andaba con el gasógeno haciendo portes y chanchullos.*

París, la iglesia de San Severín, el museo de torturas, el zoo de Vincennes. Catalina vestida de gris perla y zapatos gris perla. Posturas de figurín, la falda larga todavía. Catalina inflando un globo con la boca bajo el marchamo de una tienda *Tout pour la machine*, en una calle del París de Victor Hugo.

*Aguardaban a la puerta de la iglesia, torrados bajo el sol, para presenciar las portentosas facultades de Fulgencio en el juego de bolos, y era lo de menos que desde cualquier distancia arrasara la plantada de un solo pelotazo; lo bueno era verlo despanzurrar el bolo de madera, duro como hierro, contra el paredón de las beatas, y dejarlo serrín. El bárbaro se ponía la camisa, sin dárselas de nada, tan hombre como el que más, incluso un poco más que el que más, y subía a la azotea de su casa para quedarse otra vez en camiseta.*

Zurich. La fuente de la Wein Platz, el hotel de la Cigüeña y, enfrente, un caleidoscopio de Catalinas desteñidas en Agfacolor, sólo adorable por el pelo, como ilustra-

ción cultural de la guía turística, con la fachada romántica que conserva grabados los nombres de visitantes célebres: Joseph II, Zar Alexander I, Friedrich Elhelm III, Louis Philipe, Louis Napoléon, Gustav Adolf V, Volta, Goethe, Madama Stael. «*In diesein hause whonte —1523-1542— Leo Judae Zwinglis Truester*», y el autógrafa humorado a tinta china «¡Si Felipe II hubiera estado allí!». Florencia. El puente Vechio y el escorzo desenfocado de Catalina bella, la curva suave de su pecho tapando el número 22 de la *piazza Pitti*, esquina a la estrechísima vía Velluti, en prodigio de documentación gráfica, incluida la anécdota evocadora, «*In questi pressi fra il 1868 il 1869 Fedor Mithailovic Dostoyevski compi il romanzo L'Idiota*».

La lámpara encendida sacaba brillo de los cristales y velaba el sentido entrañable de las fotos enmarcadas. Nicolasa volvió a hablar de su hijo Tomás y de la cárcel, alargando las mejillas a lo Greco; del juez don Santos, que con una palabra podía ponerlo en libertad.

—Detenido está más seguro, Nicolasa. Mientras no se tranquilice la gente, más vale que no se deje ver por la calle, ¿no comprendes?

—Él no tuvo la culpa.

—Vete a decirle eso a Fulgencio, sin ir más lejos.

El inagotable tema de Fulgencio volvía a dar cuerda a la memoria, al punto que Miguel Sánchez, hacía negocios sucios con los propietarios abusivos del Pago de Malpintado. «¿Te acuerdas? Fuiste a verlo tirar la bola con tu pierna escayolada», el último atropello de la habilidad legal que había de repintar la gloria aparente del pasado, salvando las apariencias generosas. Regresaba Catalina de su viaje por Europa cuando cayó del caballo en la acequia y se partió el fémur. Con la pierna escayolada, «niña, hacías relinchar al caballo del general de la plaza alta, que

era jaca y de bronce», cuando Braulio aún seguía en la cárcel, pero quedaban libres los malos pensamientos que la sola presencia de Catalina jovencita, convertía en cerdos, sin pechos, sin caderas.

—Sólo te faltó chuparlo para saber si era amargo o dulce.

*Era dulce, peludo, insensato, como sus bíceps achichonados, el cuello de toro, el estómago lleno de eructos. Catalina alargó su mano deportiva, a la pata coja, y se quedó en el aire, porque Fulgencio se limpiaba la suya en la camiseta mugrienta, avergonzado como una colegiala. Al llegar a la azotea sabía que encargaría un traje. Nadie había presenciado el desaire que le hizo a la hija del coronel, un desaire de homenaje, acusador: Rosa estaba en la clínica para largar otra criatura al mundo; Luisa, la Calentita, en el freidor; la del practicante elaborando flores artificiales con jierros calientes. Ayudaba a todo el mundo pero nadie lo quería por su sinceridad desvergonzada:*

—Te advierto, Rosa, que el último parto de tu crío me costó más que comes.

—Entonces te llamaban María Canela para fastidiar a tu madre, o para vengarse de que estuviera en su sitio, siempre tan estirada. Disfrutó de todo en este mundo, pero también le tocó sufrir lo suyo.

María Canela, nombre de perra flaca para ladrar al deseo, la hija de la señora —engendrada tal vez sin un suspiro y con toda dignidad por el sistema tradicional de padre cumplidor y madre condescendiente hasta cierto punto, con la mecánica de la carne mamífera, sin más colaboración que la postura hembra pasiva—, se había enamorado de David Graham por el oído, lo mismo que el jilguero, de la detonante imagen de miss Susan desnuda en las paredes de su casa, del adulterio paterno, el eclecticismo peligroso, las tristezas de Marta en inglés, el re-

greso patético desvirtuado por la sombra del médico, la patética imagen de David a caballo bajando al mercado para llevarse frutas, verduras y jarras de leche, las noches de Tchaikovski, las gitanillas desnudas delante de los pinceles, y la necesidad de sentirse obligada a colaborar en algo, a desnudarse, tal vez, tras los cristales, «*my love, my dear, my sweetheart*», y dejar su presencia como un grito en la noche. Tiraron una piedra discreta a su balcón y bajó entre las sedas llevadas de la mano de todas sus veleidades, pero no era el inglés sino Braulio enloquecido que la forzó a gritar cuando era casi tarde, no equivocada en el lance sino en la persona. Miguel Sánchez fue el héroe-salva-doncellas, entonces, como ahora muerto, oportuno, inoportuno, ambiguo, culpable, concededor de los milagros, los motivos del lobo y de la oveja.

*Pero al caer el sol las parejitas se perdían por la vereda del cementerio y se olvidó del traje por culpa de Recortes. Mientras no adelgazara tendría que seguir en camiseta. Compró una bici para hacer ejercicio y pasaba las noches en blanco pedaleando cuesta arriba y cuesta abajo hasta que su cuerpo fue pura agujeta; le dolían los lomos y los remos, acudía a la botica y compraba diuréticos, sin que el cinturón caballuno, cinchado por debajo del ombligo, cediera un punto. Ni un milímetro. Al otro día, marcó el número del coronel, se puso el mayordomo «¿La señorita María Canela?», se había confundido: nadie se llamaba María Canela y él habría explicado lo que no pudo explicar: «Aquí un amigo», «aquí un admirador», o algo así de tremendo.*

Miguel Sánchez ya tenía un reproche en su silencio, y a la puesta del sol, bajaba hasta el jardín de vigilante entre las luces de la Quinta y las del balcón de Catalina. David Graham abandonaba a la esposa con sus músicas y salía a caballo en busca de la noche, o aparecía en misa,



aunque era protestante, como si siguiera silencioso los pasos de Catalina.

*Flexiones en la azotea, carreras nocturnas en bicicleta, comer sin sal, mear como una vaca, las parejitas por la vereda en el cementerio, «tu piernecita escayolada», el miedo del teléfono, de no saber su nombre, sólo María Canela, niñita de mi vida, en las ganas de afeitarse, y conocer el atentado de Braulio y aguardar la ocasión de estrangularlo cuando lo sacaran de la cárcel, «¿te lastimó, mi niña?», y nombrar su intimidación en diminutivo con letra garrapata sobre la carta para que todo fuera más fino, más crudo y personal.*

Bajó Catalina de la escalera, entregó el trapo de polvo a Nicolasa, se estiró las medias, un ligüero, otro ligüero, muslos blancos, rodillas, pantorrillas y tobillos toda piernas bajo el ascua bamboleante de las doce bombillas.

—Ya parece otra cosa, Nicolasa.

—¡Lástima que no sea mayo! El patio con las flores quedaría precioso.

—Para pensar en las flores estamos.

—Lo que me gustaría saber es qué es lo que piensas tú cuando te entran las calladeras. Yo, si no hablo, no sé pensar en nada, ¿tú sí?

*Tenía resplandores por el pecho cuando se sintió morir, sin achcarlo al régimen atroz del ayuno y el diurético. Empezó la carta con «mi apreciada señorita», para tachar y seguir con «querida señorita», borrón y nueva prueba, «amada mía», sin hablar una palabra al practicante de sus dietas particulares.*

—Lo mejor es no pensar en nada.

—Eso dices tú, pero andas siempre pensando y se te ve lo que te preocupa, igual que de chiquita, no me digas que no.

—¿Tú crees?

—Cuando murió tu madre, acuérdate: tres días sin abrir la boca, sonriendo a todo el mundo, como si estuvieras tan contenta, porque tú no te enteras de que se ha muerto la gente hasta que te haces a la idea. Si lloraste a tu padre fue porque todavía eras pequeña y no habías aprendido las mañas de tu madre y sus calladeras, digo yo. No digo que no sientas, ¡disparate!, digo que tenéis a gala guardaros para vosotras vuestras cosas ¿o es mentira?

La muerte vigilante del marido, puso un mudo reproche sobre las palabras de la vieja, hermanada por una vez con la del excelentísimo señor Luis Felipe de Mendoza, víctima de su próstata, y con la de la excelentísima señora Catalina Elena, víctima de su corazón, incluso con las lejanas del inglés de la Quinta, David Graham y su esposa, de común acuerdo con la colaboración a escape libre de una espita de gas, y el sentido artístico de un tocadiscos cargado hasta el delirio de Brahms y de Tchaikovski.

—La cabeza no para ni cuando estás dormida, ni cuando quieres distraerte haciendo títeres con las bombillas. Yo no quiero pensar ni siquiera en las penas, que eso es cosa de ricos.

—Por eso mismo estoy empezando a no pensar en nada, Nicolasa, no tengo un céntimo. Don Miguel se ha llevado la llave de los cuartos.

—Lo dirás de mentira o de verdad, pero eso sí tendrá que preocuparte luego. Cuando faltó tu padre, tenías a tu madre, luego a don Miguel, las cosas como son, tantos años sirviéndote por nada y se casó contigo cuando ni él mismo se lo podía creer. Pero ahora ¿quién echará una mano?

—Alguien vendrá, no te preocupes.

—Yo no estaría tan segura, porque ya no eres una niña y están todos los moscones esperando a comerse vuestras

cosas, que no es sólo Fulgencio. Yo de ti, me iba a verlo y verías cómo se le bajaban los humos. Sólo verlo, no será la primera vez que te lo he dicho. Los demás sólo andan a ver si pueden sacar tajada con el dichoso pleito, desde el banco al último comemierdas. Ya has visto a Inmaculada... lo que tiene en las tripas es veneno porque tu marido la ayudó más de lo debido. Ahora resulta que todos los que vivieron a su costa tantos años, quieren encima pasar factura. Gente sin vergüenza. Tú verás lo que haces, que yo no entiendo nada de tus cosas, pero, si yo fuera tú, lo que te digo, me iba a ver a Fulgencio, «Hola, Fulgencio, me han dicho que quieres matarme de hambre», y me volvía para casita, sin más.

*Estuvo a la muerte, él que jamás tuvo catarro, ni gastó un perro gordo en medicinas. Cuando se levantó, llevaba acribillada la vena del antebrazo por los pinchazos del gotero. La habitación olía a fiebre, a vecindonas, a conversaciones sonámbulas de boticas, de Rosa, que seguía retrasada con su parto después de romper aguas, de Luisa, la Calentita y la del practicante, que se turnaron en las velas nocturnas de sus males. Pero el milagro se había realizado: no quedaba ni un eructo en su estómago.*

La evocación de Fulgencio, ya maduro, en sus cincuenta, era como un examen de conciencia de otros días, otros problemas apenas entendidos, cosas graves de hambres y abogados, de miradas rencorosas y temores, mezclados con recuerdos de frases sueltas en el confesionario: *padre, me acuso de provocar a los hombres, a qué hombre, a todos, a los hombres; pensaba que el borracho era el señor inglés y el inglés, un artista de cine*, de cuando la vida era un complejo absurdo, sin voluntad, que detendría el tiempo y la ilusión, en las bajas irreales de la bolsa familiar que recortaron sus caprichos de visitar Mesopotamia y la India, a Marraquech, y el safari fotográfi-

co en el Serengeti, a Huila, en Angola, aprovechando un vuelo chárter, la pobre Catalina.

*Se arrancó la aguja del gotero, se puso los calzones, flotando como un globo sobrado de pellejo, y se asomó al espejito del aguamanil con la barba cerrada, para sentirse esbelto. En la azotea estuvo atolondrado, asombrado de sí mismo, entretenido en apilar los bolos junto al retrete, tomó uno entre las manos y bajó a la calle, ligero e insensato, palpándose la tripa alegremente. El cielo estaba azul en la radiante tarde de verano.*

—Pero, entre tanto, debías arreglarte: te hace falta estar guapa, por si acaso.

La ironía de Catalina murió en una sonrisa cariñosa.

—Si te parece me colgaré un letrero diciendo que estoy en venta.

—No serías la primera que volviera a casarse, y más tú, sin hijos, que eso siempre es una dificultad.

*Cuando alcanzó la vereda alta del cementerio, iba como el ladrón desconfiado. Se sentó en la cuneta, pendiente del panorama norte-sur, de los rumores de la vida, de las casas lejanas, con una actitud desconfiada, culpable e infantil, y así permaneció viendo pasar el tiempo, jugando con las hormigas, el sol en las espaldas. Se alzó con un gesto dolorido de riñones, volvió a mirar el ir y el venir del camino, desde la muralla al cementerio, y al sentirse solo, abrazó impunemente el contorno de un ciprés, como si fuera a sacarlo a bailar. Al caer la tarde, vendrían las parejitas a cambiarse besos en la sombra, pero el tronco de madera dejaba un escozor de trementina sobre los labios, mi querida niña.*

Entre los rumores de la lluvia se levantó un sonido nuevo al tiempo que se conmovían las cortinas y la incomodidad expectante de las mujeres atentas al silencio.

—¡Chss! ¡Corre, ve a arreglarte! ¿No te decía?

*Subía hasta la vereda la música constante del torreón de la Quinta, «Oh, sinner man, where you gonna around to?», cómplices de Fulgencio, flotando por la vereda del cementerio con un bolo entre las manos. El sol tibio, matinal, filtraba primaveras en el aire y el eco repitió el pelotazo brutal para levantar el pajareo de los cipreses. Aunque no fuera capaz de repetir la llamada telefónica a casa del coronel, estaba en forma y había vuelto la juventud a su sangre, la juventud ilusionada coqueteando en el presente como jamás pudo hacerlo a sus veinte años, desordenando las ideas y las fidelidades. Ya podía llegarse donde Recortes a tomarse medidas.*

El muerto volvía a ser el eje de la tarde, el dueño de la casa que fue del coronel Luis Felipe de Mendoza, el esposo de Catalina, el último puntal de un mundo en bancarrota concluido en el instante de su muerte. Cantaban los canalones en el patio encristalado, la alhucema gris, desde el brasero, perfumaba la tarde.

—¿Hay alguien?

—Anda corre a arreglarte, yo atenderé a quien sea.

—¡Hombre, Fulgencio, enhorabuena! Dijeron que andabas más en el otro mundo que en éste.

—Gimnasia y diurético.

*Los calzones fruncidos en la cintura se le caían, le sobra-  
ba cincha, e ilusión.*

—¿Conque gimnasia y diurético, muchacho, si de poco las lías?, no lo decía por eso, aunque es verdad que estás más flaco.

—¿Entonces?

—¡Vaya hombre! ¿Hace falta decirlo?... Por todo, porque hayas salido de ésta, y por el crío veinticuatro que te parió la Rosa. Ahora, a ver si gastas formalidad, Fulgencio, que tienes nueve nietos y no pega seguir haciendo críos a tus años.

Los claros del poniente luchaban con los nubarrones del levante, sobre la imagen de las mujeres recomponiendo el íntimo decoro.

—Hay que llevarse la escalera.

—Eso puede esperar. Tú ve a arreglarte, niña.

Resonaron pasos tímidos sobre las baldosas.

—Corre a arreglarte que yo entretendré al que sea.

—Pero es que están ahí mismo.

—Pues sal corriendo sin mirar. ¡Como si hiciera falta decirte el modo de estar frente a la gente sin mirarla y sin oírla!

Levantaron la cortina y un instante de estupor paralizó la escena: Catalina se tapó la boca con la palma de la mano, la vieja se santiguó, «¡Dios bendito!». Sobre el cli-sé inmóvil, una vocecita de cristal se disculpaba:

—Pensamos que, con esto del entierro, podíamos venir sin que nadie nos viera.